

Aprendizaje Simbólico

ROSARIO
GONZÁLEZ *

En estas páginas abordo algunos elementos interpretativos para analizar el proceso por el cual, los festivales cívicos escolares constituyen mecanismos de aprendizaje simbólico que permiten internalizar contenidos sociales y políticos sumamente abstractos; contenidos que representan conflictos para la conciencia social por las contradicciones que encierran en sí mismos y de cara a la realidad. El análisis y las reflexiones de este trabajo se fundamentan en el estudio etnográfico de las fiestas cívicas realizadas en varias escuelas primarias públicas de Guadalajara, por lo que cabe aclarar que, aun cuando el formato de estos festejos no coincide al cien por ciento en todos los casos observados, su estructura es consistente.

Mi aproximación al estudio de los festivales cívicos que se realizan en la escuela básica, es fortuita, si bien una de las principales razones ha sido entender cómo se da la formación sociopolítica de los pequeños ciudadanos en las instituciones educativas. La ausencia de una propuesta formal en el currículo y las inconsistencias observadas en las prácticas de las lecciones de historia, me llevaron a enfocar el estudio de este tema desde las actividades extracurriculares vinculadas a la enseñanza de la historia y el “civismo”. Encontré en particular en las fiestas cívicas un medio que rompe con las formalidades programáticas de la pedagogía, para instalarse en la informalidad, en la actuación y el ritual, que propicia la internalización simbólica

de los esquemas sociales del mundo, según lo explicaré más adelante. Por tanto, en este análisis no hablaré de procesos pedagógicos sino de la *acción escolar*, es decir, de los *procesos de poder* mediante los cuales una institución con compromiso social como es la escuela, influye en la aceptación e internalización de una historia construida de forma arbitraria y de una identidad social imaginada e impuesta de manera simbólica a la diversidad de grupos que conforman la nación.

Recuerde cuando pequeño cuántas veces saludó a la bandera allá en el patio escolar, o marchó frente a ella e hizo el juramento a la patria, cómo soñó con las hazañas de los héroes nacionales; podría casi tocar las estampitas con las fotografías de Hidalgo, Morelos, Zapata o Villa, aquellas que recortadas pegábamos sobre enormes cartulinas blancas para exponer en los periódicos murales. Estas experiencias son tan familiares para todos aquellos que algún día hemos pasado por las aulas de las escuelas mexicanas, otros los han vivido a lado de sus hijos, sus nietos, o a través de puertas y ventanas cuando la fiesta cívica de la escuela toma las calles de la comunidad, el pueblo o la colonia, y provoca estados emocionales en los que se ancla de manera profunda una serie de mensajes capaces de perdurar a lo largo de la vida, que conectan al individuo con una conciencia de comunidad colectiva en el tiempo y el espacio, que superan la racionalidad de los datos y las

** Maestría en Antropología Social por el CIESAS. Actualmente es investigadora del Departamento de Educación y Valores del ITESO.*

contradicciones de la realidad. A todo ello le quiero llamar *aprendizaje simbólico*.

Los festivales cívicos y la construcción simbólica de la nación

Las actividades cívicas escolares tienen una larga tradición según hemos visto. Autores como Florescano y De la Peña sitúan el origen de estos festivales en torno a la emergencia del gobierno liberal en México, y señalan que una de sus principales funciones era la de difundir un sentimiento nacionalista que se simbolizaba con la presencia de ejército, las bandas de guerra y la música militar ejecutada en las plazas públicas. Más tarde estas prácticas se asociaron a la conmemoración de la consumación de la independencia, misma que, según el relato histórico-oficial, concluyó con una gran fiesta popular el día 16 de septiembre. Poco a poco estas celebraciones empezaron a realizarse en las fechas correspondientes a ciertos sucesos históricos, incluidos los natalicios y decesos de los héroes de la patria, y empezó a considerárseles como formas de celebrar las “fiestas nacionales”. Por medio de estos actos se lograba un acercamiento afectivo de la población a una imagen del estado y la nación. Con el tiempo y con la formalización de la educación pública, las fiestas nacionales fueron parte importante de lo que se consideraba la formación cívica de los niños. Las celebraciones se fueron intensificando y se cargaron de un protocolo cada vez más riguroso, para dar lugar incluso a un calendario cívico que parecía regir de manera cíclica la vida interior de las escuelas, y aun llegó a sustituir el calendario religioso que organizaba a la sociedad colonial.¹ Según observa De la Peña:

Tales fiestas comenzaron a celebrarse en la década de 1870 y fueron aumentando gradualmente su importancia durante los años del porfiriato. Cuando Justo Sierra se convirtió en el titular del Ministerio Federal de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905, las recomendó y promovió por los medios a su alcance, y lo mismo hicieron los gobiernos de los estados; en las zonas rurales, además los festivales proporcionaban

un vital nexo entre los gobiernos locales, la sociedad civil y la escuela.

Hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, los festivales formaron parte de la asignatura llamada civismo o educación cívica y compartían con otros contenidos como higiene y urbanidad, con el objetivo de “formar al buen ciudadano”.² Los festivales cívicos serían el medio para formar los sentimientos de amor al progreso, a la patria y a sus héroes e identificarse con las virtudes que ellos simbolizaban.³

De este modo, además de funcionar como prácticas orientadas hacia lo que se pensaba como la formación de los ciudadanos,⁴ también lo hacían como una educación cívica informal para las familias y la comunidad. De manera indirecta y en un contexto festivo, la población asimilaba los símbolos y el discurso de la nación; se hacía partícipe del mito fundador de la sociedad moderna, incorporaba una nueva historia, la de la patria mestiza, y dejaba en apariencia olvidadas las diversas historias y sus conflictos. La participación de la comunidad, el ambiente festivo, lo instituido de los discursos, las figuras sacralizadas de los héroes y la bandera, los relatos de batallas gloriosas; todos estos elementos conformaban un clima ritual propicio para legitimar la instauración “armónica” de un nuevo orden social, el de la nación mexicana.

Hay que tener en cuenta que la nación es el invento social y político más importante de la época moderna. La nación ha sido pensada como una comunidad imaginaria generada con fines de unificar por medio de la cultura grupos étnica e históricamente diversos.⁵ Su construcción ha implicado un largo y complejo proceso de imposición de la homogeneidad en todos los órdenes de la vida social y de imponer la creencia de un orden armónico en la sociedad, cuya realidad se halla plagada de contradicciones y tensiones entre diferentes segmentos de la sociedad.

Por ende, al analizar los festivales cívicos escolares es necesario pensarlos como acontecimientos en los que se entretajan, por una parte *prácticas escolares* que no forman parte del currículo pero se articulan a él por medio de la ense-

Los festivales formaron parte de civismo o educación cívica, con el objetivo de “formar al buen ciudadano”

ñanza de la historia, y por otra, *procesos simbólicos* que han favorecido la construcción imaginaria de la *nación moderna*. El fuerte componente simbólico y la carga política contenida en estas prácticas obliga a estudiarlas como procesos rituales,⁶ más que como procesos pedagógicos, según veremos más adelante.

Los festivales cívicos en el contexto escolar

Con apoyo de la etnografía podemos distinguir los festivales cívicos escolares de las actividades académicas porque carecen de un contenido específico que se pretenda enseñar; los docentes no los perciben como actividades curriculares, por lo que no se organizan en términos de objetos de enseñanza–aprendizaje.⁷ Esta condición permite que la mediación pedagógica sea desplazada por una ejecución, una actuación, una representación o una puesta en escena, de ahí que estos festivales no constituyen una estrategia de enseñanza racional, sino una interacción comunicativa en términos simbólicos, vinculada a un relato histórico que los sujetos reinterpretan para construir el sentido en la vida social.⁸

A diferencia de otras actividades escolares, los festivales cívicos son preparados con sumo cuidado; cada uno de sus detalles se planifica, se asignan responsables para cada tarea, se buscan apoyos externos, se genera un trabajo en equipo por parte de los docentes, se destinan recursos económicos y materiales específicos y, en todos los casos, los profesores dedican tiempo adicional o incluso suspenden las clases para realizar las actividades de preparación. Los festivales parecen ser el corazón que da vida a la monotonía escolar, la movilidad que se produce entre profesores, la dinámica que imponen a la actividad, en especial para los alumnos, la búsqueda de recursos, el contacto con las familias y la inventiva para resolver las necesidades, hacen de estos, acciones atractivas y liberadoras que despliegan la creatividad e inventiva de *los actores* escolares.

Los festivales cívicos son actividades que rompen la inercia escolar en tanto alteran los ritmos y formas del trabajo cotidiano, reorganizan físi-

ca y socialmente al personal de la escuela, involucran a la colectividad, movilizan el orden institucional y social, al crear un ambiente simbólico. Como sucesos colectivos, agrupan a la población de dos o más escuelas de diferentes niveles educativos (preescolar, primaria y secundaria por lo regular), rompiendo así las fronteras que en el ámbito institucional dividen a las escuelas, los alumnos, los maestros, las familias, los vecinos, etcétera.

Tanto los preparativos como su realización implican una transformación de las acciones rutinarias de la escuela, y prácticas distintas de las que se utilizan para la enseñanza de contenidos académicos. Por lo regular se prepara una ambientación del espacio, organizando el escenario con motivos alusivos a los eventos históricos que se están celebrando, se incluyen fotografías, emblemas, carteles, periódicos murales, música, manteles, adornos de papel, etcétera. Los niños y niñas, y en algunos casos también los profesores, se visten de modo especial, los atuendos evocan una caracterización de los personajes, una época o suceso histórico. En conjunto se logra un ambiente icónico, visualmente rico y cargado en el aspecto emocional.

Los roles de los participantes son muy definidos, pueden consistir en caracterizar a algún personaje, leer un pasaje histórico o biográfico, declamar o recitar, dirigir la ceremonia, o recibir a los participantes, entre otros. La mayor parte de estas actuaciones está dirigida a exaltar el carácter heroico de ciertos personajes, las hazañas bélicas del relato o algunos valores asociados con los símbolos nacionales, como en el caso de la bandera.

El carácter público de estos acontecimientos hace que la comunidad escolar o local (el barrio, la colonia o el pueblo), entre en contacto con la celebración, ya sea que la escuela abra sus puertas o que la celebración salga al espacio público, por lo regular a la plaza o el parque principal. Los vecinos y los padres de familia son observadores, cuyo papel simbólico reside en la legitimación que con su presencia y cooperación indirecta le dan, asignándole valor en la formación de los menores.

Del mismo modo, la presencia de autoridades externas a la escuela, que es otra constante en muchas de estas celebraciones, permite completar una analogía simbólica del orden social, que es internalizada por los menores y ratificada por los adultos. Según he observado, los diferentes acontecimientos pueden incluir desde representantes comunitarios, coordinadores y supervisores de educación, directores de otras escuelas, personalidades públicas, y hasta presidentes municipales. Estos personajes siempre forman parte del *presidium*, la mesa de honor, el jurado o cualquier otra categoría distintiva del resto del público. Se sitúan en un lugar privilegiado que, incluso, se señala de forma explícita como el “lugar de honor”, separado del espacio colectivo, del público, puesto en alto sobre una plataforma o escalón, enmarcado por toldos o motivos decorativos que señalan su jerarquía, reiteran el orden institucional y confirman la autoridad.

El uso formal de la palabra es un medio de ritualización de estas actividades. Un maestro de ceremonia marca los espacios, las pautas, los turnos de los participantes, los gestos ceremoniales y los matices del discurso. Es común que al inicio del festejo se dirija un discurso al público, mismo que puede retomarse en diferentes momentos, lo que actúa como un medio de mantener la conexión emocional con el público.

Las pautas en el tiempo y espacio, las marchas, las saluciones, el desfile por las calles o la entonación de cánticos, funcionan también como enlaces sensoriales y emocionales entre la dimensión simbólica del suceso, lo colectivo, la identidad y cada persona. La cima de la comunidad imaginada se alcanza cuando los eventos cívicos concluyen como una celebración festiva, que incluye comida, una *kermesse* o una feria, en la que “todos pueden incluirse”, superando las jerarquías y las fronteras sociales; ahí en ese espacio simbólico ya “todos somos mexicanos”.

Por medio de la siguiente viñeta pretendo dar cuenta en el aspecto etnográfico de los elementos que he expuesto a lo largo del ensayo:

Es sábado 20 noviembre. Hoy se realizó el desfile escolar para celebrar la revolución mexicana [...] Llegué al “pueblo” a las 9 hrs. Había mucho movimiento en las calles, puestos de comida en varias esquinas, personas de todas las edades transitando por las calles. Al llegar a la plaza central, en donde se ubican la iglesia principal y las oficinas de gobierno, todo a una cuadra de la escuela primaria de más antigüedad en el lugar, mi encuentro con la multitud fue sorprendente; había pensado que sólo estarían los niños de la escuela primaria, sin embargo, en la plaza se concentraba gran cantidad de niños y jóvenes, cuya procedencia escolar quedaba marcada por las fronteras del uniforme o los atuendos que llevaban. Aquello era un mosaico multicolor plasmado en torno al kiosco. El perímetro de la plaza quedaba enmarcado por las filas de niños y adolescentes alineados de cuatro en fondo o más. En el kiosco el *presidium*, el aparato de sonido y el maestro de ceremonias. Todo este espacio decorado con papel y globos tricolores. A espaldas de los alumnos estaba la gente del pueblo, parientes y vecinos, niños, jóvenes, ancianos, mujeres y hombres adultos, algunos con sombrero, las mujeres mayores con rebozo y vestidos de estilo campesino. Todos atentos, a la expectativa de lo que pasara en el kiosco y la parte central de la plaza [...]

La apertura

A través del equipo de sonido se escuchó el aviso de iniciar, primero los honores al lábaro patrio. Una banda del pueblo, integrada por señores mayores y dos jóvenes, abrió la ceremonia con una marcha que sirvió de fondo para el recorrido de la escolta, se pidió hacer el saludo a la bandera, los alumnos respondieron de inmediato pero sólo algunas personas del público lo hicieron, el resto se mantenía en silencio. Terminados los honores a la bandera se presentó al *presidium*, integrado por el delegado local, un representante de la Secretaría de Educación Pública (SEP), un representante del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y un maestro de primaria, quien leyó el discurso de apertura, cuyo texto transcribo a continuación:

El discurso

Señor licenciado [...] [refiriéndose al representante de la SEP] señores directores de escuela, maestros de los

diferentes planteles escolares, niños y público asistente. Cada 20 de noviembre marca en nuestra historia, en cada mexicano, una nueva etapa, es el principio de la liquidación de los viejos valores porfirianos, en donde el pueblo, cansado de soportar un sinnúmero de anomalías que parecían interminables y agotados de los medios pacíficos que la democracia aconseja, se lanzó al fin, por el camino de la lucha armada, dispuesto a conquistar sus derechos, aunque fuera con el duro precio de su sangre. Han pasado muchos años desde aquella fecha gloriosa, y el pueblo está muy lejos de sentirse desilusionado o arrepentido, pues se ha abierto ante él un camino en el cual no han faltado vacilaciones y tropiezos, pero que, una vez vencidos, será el que lo lleve a su positivo mejoramiento.

Las clases trabajadoras de los campos, los obreros, los pequeños agricultores y comerciantes, los artesanos, los maestros de escuela, los empleados públicos, toda la masa mayoritaria de la nación, es otra muy distinta a aquel conglomerado de hombres sin derechos, sin garantías, sin estímulo de lucha, oprimidos, fanatizados y empobrecidos, que existieron hace medio siglo.

Odian a la revolución los que entonces llevaban una vida favorable y regalada a costa del trabajo escasamente remunerado del pueblo; los que vivían felices con la ignorancia del proletariado y que ahora ven que no es tan fácil engañarlos y explotarlos como antes. La revolución no ha terminado, la revolución sigue vigente en cada uno de nosotros, en cada uno de los problemas que nos aquejan, luchando sin armas, pero esgrimiendo las palabras como espada para lograr que se haga justicia a nuestras demandas y necesidades prioritarias, como son el hambre, el vestido, la educación gratuita y obligatoria, la negligencia y prepotencia que existe en una gran mayoría de las autoridades que están al servicio y solución de nuestros problemas. Nuestra revolución sigue viva, luchemos porque se logren nuestros objetivos y se respeten nuestros derechos. ¡Viva el 20 de noviembre! ¡Viva la revolución mexicana!

El desfile

Inició el desfile, las filas de alumnos la secundaria del turno matutino eran interminables, todos los alumnos vestidos con pantalón deportivo, con un diseño especial para la ocasión [...] después el turno vespertino de la misma secundaria, estos jóvenes con el uniforme de diario, algunos desgastados y mal presenta-

dos. Entre las filas caminaban las maestras y los maestros supervisando la marcha; los del turno matutino uniformados también con pantalón deportivo color azul, supervisaban a sus alumnos. Un pequeño grupo de muchachos de la secundaria llevaba atuendo de campesino y otros el tradicional de manta; las jovencitas el vestido regional jalisciense e integraban el grupo ballet folklórico de la secundaria.

Continuaron las escuelas primarias [...] algunos alumnos vestían el uniforme de diario, otros deportivo blanco y los niños menores atuendos revolucionarios, también eran un contingente numeroso. Por lo regular, los alumnos del turno vespertino vestían el uniforme de diario. Había también un grupo de niñas bastoneras, con traje vaquero corto, que incluía botas blancas hasta la rodilla y sombrero charro color blanco. Después el centro educación especial representado por algunos niños minusválidos en silla de ruedas y otros caminando, y los profesores también uniformados [...] Continuaron algunos niños de la academia de karate, con su uniforme de práctica; siguieron los del preescolar, todos con diferentes atuendos, representando campesinos, indígenas y revolucionarios. Al final la banda de música del pueblo también uniformada. El contingente era enorme, salir de la plaza le tomó unos 30 minutos aproximadamente. Muchas personas del público caminaron junto con ellos, el recorrido fue corto, unas cuatro cuerdas a la redonda, para regresar de nuevo a la plaza central.

Los festivales cívicos, rituales públicos

Según hemos visto, los festivales cívicos constituyen experiencias complejas de internalización del orden social que involucran procesos socioafectivos orientados a crear sentido de origen, pertenencia, identidad y vínculos con la colectividad, por lo que para su análisis, la perspectiva ritual nos permite interpretar aquellas acciones escolares que se sitúan más allá del propio intercambio de la enseñanza-aprendizaje convencional. Se trata de comprender experiencias que rompen con la “estructura” institucional pero que emanan de ella, acciones que ejercen sobre los actores una influencia simbólica que rebasa los aprendizajes racionales para instalarse en la transmisión de contenidos socio-políti-

cos y la incorporación afectiva de una identidad y un orden social.

Desde la década de los años 60 algunos autores han abordado el estudio de los fenómenos educativos en términos del ritual, entre estos, Illich quien ha señalado la naturaleza ritual de la educación institucionalizada y analizado las analogías existentes a nivel simbólico entre las prácticas religiosas y las escolares;⁹ Knight que interpreta los rituales escolares como mecanismos que regulan el “control de acceso” al sistema de recompensas sociales y económicas de la cultura dominante;¹⁰ Mc Laren ha estudiado la escuela como una ejecución ritual,¹¹ y Mèlich quien plantea la educación como acción simbólica, entre otros.¹² Empero, el análisis de la educación desde la perspectiva ritual ha experimentado cierto rezago a costa de los enfoques que privilegian los procesos tecnológicos y psicológicos de la educación:

Se ha escrito mucho sobre la educación en tanto que transmisión de conocimientos culturales; sin embargo, la forma en que la cultura, como acción ritual, constituye y nutre las ideologías y los comportamientos, permanece en gran medida inexplorada en el contexto de los escenarios escolares.¹³

El carácter político de los rituales ha sido señalado por diferentes autores,¹⁴ que han coincidido en señalar que por medio de ellos se pueden incorporar y transmitir ciertas ideologías o visiones del mundo en sus participantes. En particular, Mc Laren considera que “el ritual sirve como pivote del mundo social: es el goce de la cultura, el perno de la sociedad y el fundamento de la vida institucional tal como lo encontramos en las escuelas”.¹⁵

El sentido de los símbolos hace referencia a los principios y valores que le dan continuidad a la organización social, aquellos que le confieren orden y estructura.¹⁶ El sentido se refiere también a los orígenes de la vida social, así simboliza el sistema total de las interrelaciones entre los grupos y personas que componen la sociedad. Los símbolos representan los aspectos armoniosos, benevolentes y cohesivos de la vida social, pero también son capaces de polarizar el

sentido de la realidad transformando sus significados extremos.

Los símbolos, que pueden ser objetos, actividades, relaciones, acontecimientos, gestos y unidades espaciales en un contexto ritual, y representan la unidad más pequeña del ritual, son piezas clave para el análisis de un suceso.¹⁷ Mc Laren agrega que los rituales son encarnaciones gestuales de los estados cognoscitivos o afectivos internos de los ejecutantes;¹⁸ en el caso de los festivales cívicos, podemos ver que se encuentran cargados de símbolos como la bandera, los héroes, las hazañas, los himnos, los juramentos, etcétera, por lo que advertimos su fuerza ritual en los participantes.

En términos simbólicos, los festivales cívicos escolares constituyen *rituales públicos* en tanto que responden a un sentido de colectividad y hacen uso de diversos recursos simbólicos que inducen la inclusión, la pertenencia y el involucramiento de los grupos sociales que participan de ellos. Para Grimes los rituales públicos son una poderosa fuerza transmisora de valores que se comunican por medio de imágenes, actuaciones dramáticas, ejecuciones rituales, o mediante e lenguaje abstracto.¹⁹ En la retórica de la fiesta estos valores son interpretados o descritos, y se convierten en virtudes al estar concentrados en personajes simbólicos. Señalan una muestra abstracta de lo que los participantes quieren generar y sostener.

Los rituales públicos incorporan el drama popular a través de cuadros teatrales sustentados en el argumento histórico. Los dramas *no reproducen necesariamente la historia sino acomodados simbólicos de la misma*; su preocupación central es histórica, y su carácter es didáctico, por lo que se vinculan con la obra moralista, comunican y refuerzan un conjunto específico de valores. La parte artística ocupa un segundo lugar en sus objetivos, tiene una intención espectacular, por lo que destaca más lo escenográfico que lo artístico o el teatro popular.²⁰

En estos rituales se observa la superposición de esferas de la vida social que parecen no estar vinculadas entre sí y que incluso en otras condiciones generarían conflictos al aparecer juntas.

En el caso que nos ocupa, se superponen las esferas cívica, la comunitaria o popular, la educativa, la artística y la identitaria, lo cual propicia que los participantes experimenten estos eventos desde diferentes estados emocionales y cognitivos. Para los maestros representa una actividad escolar, para los padres de familia es la oportunidad de ver a sus hijos en una actuación artística o como partícipes de la cultura institucional que representa la escuela, para las autoridades es un acontecimiento cívico en el que se legitiman las instituciones, la autoridad y el pueblo y las relaciones entre estas, y para la colectividad es la oportunidad entrar en contacto con la “comunidad nacional”. Grimes encuentra que los rituales públicos incluyen la religión civil, pero también aquellos aspectos que implican a toda la ciudadanía y no restringen su influencia sobre los participantes para incorporarlos a alguna identidad en particular.²¹ Los rituales públicos no se constituyen de la nada, sino que se sustentan en la estructura de la sociedad misma y tienen como contenido sus propios dramas.

Los festivales cívicos escolares salen al espacio público avalados por la escuela como institución social, esta les proporciona a través de su estructura la legitimidad social, las formas organizativas y los contenidos ideológicos que les permite su realización. La escuela se percibe socialmente como el símbolo de la unidad, de modernidad y de democracia, lo cual contribuye a su aceptación por los diversos grupos sociales. Respalados en esta imagen, los festivales cívicos aparecen como espacios de armonía social, inmunes a la política, colocados por encima de conflictos o manipulaciones. Situados así en la esfera mística, promueven entre los estudiantes y la comunidad la aceptación de la cultura y el orden dominante.

Los rituales públicos son encarnaciones de la vida comunitaria o *cívitas*, por ello tienden al uso de metáforas igualitarias y de símbolos que representan al pueblo en su conjunto, sin distinción de rangos.²² En el caso de los festivales cívicos, estos representan espacios simbólicos incluyentes que tienen la capacidad de convocar

a la comunidad sin importar el origen cultural, la condición social, incluso del origen étnico o territorial de la población, para incorporarla a la comunidad imaginada, que existe por encima de cada individuo, y cobra forma en la nación mexicana. Vinculan a cada individuo con la identidad colectiva nacional simbolizada con la bandera, los héroes, las leyendas, los mitos y los dramas históricos. En síntesis, se tiene la experiencia de *la patria*.



Consideraciones finales

Si buscásemos una estrategia racionalmente preparada para lograr la internalización de un contenido tan complejo como el orden social y para producir estados cognoscitivos afectivos, capaces de inducir la internalización de una identidad colectiva, difícilmente tendríamos una respuesta de las corrientes técnico-pedagógicas en que se apoya la enseñanza formal. De ahí la necesidad de explorar en la comprensión de otras maneras consideradas “no formales” en las que se produce la internalización de la cultura, a través de las cuales los seres humanos construimos las representaciones del mundo social y creamos sentido para la organización de nuestra vida.

Los enfoques técnico-pedagógicos en los que se fundamenta la enseñanza formal son capaces de explicar de manera lineal cómo ocurren ciertos procesos de asimilación de información, sin embargo están muy lejos de explicar y contribuir a la comprensión de los procesos complejos del pensamiento, en especial a los que se refieren a la construcción de las identidades colectivas, el sentido del orden social y la organización del poder.

Este estudio permite afirmar que la ciudadanía, como categoría sociopolítica, incorpora dos dimensiones, una de carácter identitario que proporciona la pertenencia y provee a los sujetos de una nacionalidad, lo que en términos de formación significa la construcción de una identidad nacional. La otra, de carácter político, reconoce a las personas como sujetos de derechos frente al estado. En términos formativos esta se podría traducir como la preparación para el ejercicio de los derechos y la práctica de la democracia, en otras palabras, la preparación para incorporarse a una cultura política. En general, este ha sido un proceso ausente en el ámbito histórico en las políticas educativas del país.

La formación de la ciudadanía es hasta ahora un proceso incompleto, puesto que formar a la ciudadanía supone, además de construir los vínculos afectivos con la nación, desarrollar los políticos que lleven al ciudadano a sentirse y vivirse

como un “sujeto de derechos”, con poder de decisión, que conoce, valora y se identifica con las leyes, con las instituciones que representan al estado y con los principios básicos que lo simbolizan: justicia, igualdad y democracia. Esta tarea es incipiente en el marco de la institución escolar.

La ausencia de un proyecto orientado al desarrollo de una cultura política aplicable en la escuela primaria explica, en buena medida, las razones por las que los esfuerzos en la construcción formal de la ciudadanía se orientan en lo fundamental hacia un modelo patriótico favorecido por la escuela (y con mucha probabilidad por la misma sociedad). El patriotismo ha sido interpretado de manera errónea como sinónimo de una educación cívica y política, sin embargo, puede argumentarse, a partir de este trabajo, que construir la nación y formar a la ciudadanía constituyen procesos distintos, sin duda vinculados entre sí, pero diferenciados con claridad en sus fines y medios.

Gracias a los procesos de aprendizaje simbólico es posible hablar de una comunidad que, al menos en el imaginario, ha construido un referente nacional que da sentido a su identidad. Empero, queda pendiente una gran tarea de consolidación de esta identidad simbólica en una identidad política que propicie el empoderamiento de los sujetos como ciudadanos que aspiran a formas más democráticas de convivencia social.

Notas

1. Florescano, Enrique. *Etnia, estado y nación*, Aguilar, México, 1997; De la Peña, Guillermo. “Cultura de conquista y resistencia cultural: apuntes sobre el festival de los Tastoanes en Guadalajara”, en *Alteridades*, año 8, núm. 15, UAM, México, 1998. Durante el trabajo de campo pude presenciar cuatro festivales cívicos y tres ceremonias de honores a la bandera. La celebración de la independencia de México (16 de septiembre), otras dos relacionadas con la revolución mexicana (20 de noviembre), un concurso de escoltas para celebrar el día de la bandera. Una de las ceremonias de honores a la bandera estuvo destinada a conmemorar de manera simultánea el aniversario del

- natalicio de Benito Juárez, el aniversario de la expropiación petrolera y el inicio de la primavera.
2. Vázquez, Zoraida. *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, México, 1975.
 3. De la Peña, Guillermo. *Op. cit.*
 4. Cabe aclarar que hacia finales del siglo XIX, la concepción liberal de ciudadanía estaba restringida a la liberal que se enfocaba de manera fundamental en los derechos políticos y en particular en el sufragio electoral. De esta manera, la educación formal no preveía un panorama para la formación de los niños y los jóvenes desde una perspectiva de participación social y política. Por otra parte, una de las metas más urgentes para la organización moderna del país era la unificación cultural para dar paso a la nación. Estos dos factores dieron lugar a una conceptualización limitada y errónea de l concepto de ciudadanía, que se ha mantenido en las instituciones escolares hasta la fecha, lo cual ha contribuido a perder de vista sus dimensiones sociales y políticas.
 5. Anderson, Benedict. *Las comunidades imaginadas*, FCE, México, 1993.
 6. Los estudios simbólicos de la educación han prosperado poco, no obstante que las primeras propuestas en esta línea aparecen en la década de los setenta; la predominancia de los análisis se ha centrado en las dimensiones tecnológica y pedagógica, dejando rezagado el estudio de los procesos simbólicos que tienen lugar en la interacción en el aula y la escuela (Mc Laren, Peter. *La escuela como un performance ritual. Hacia una economía política de los símbolos y gestos educativos*, Siglo XXI, México, 1995; Mielich, Carles. *Antropología simbólica*, Paidós, Madrid, 1996). En este sentido, señala Illich, “la naturaleza religiosa de la educación pasa casi inadvertida; tal es el ecumenismo de la fe en la educación. La creencia alquimista de que la educación puede transformar a los hombres para que encajen en un mundo creado por el hombre mediante la magia del tecnócrata, se ha hecho universal e incuestionable, y encima es incuestionable”. Illich, Iván. *Alternativas*, Cuadernos Joaquín Mortiz, México, 1977, p.94.
 7. En las entrevistas con los docentes, ninguno hizo referencia a los festivales escolares como medios para la enseñanza de algún contenido en particular, tampoco los señalaron como una actividad intencionada para la formación de la ciudadanía.
 8. Mc Laren, Peter. *La escuela como un performance ritual. Hacia una economía política de los símbolos y gestos educativos*, Siglo XXI, México, 1995.
 9. Illich, Ivan. *Op. cit.*
 10. Knight, Tony. “Powerlessness and the students role: structural determinants of school status”, *Australian and new Zeland Journal of sociology*, vol. 10, núm.2, 1974, pp. 112–117.
 11. Mc Laren, Peter. *Op. cit.*
 12. Mielich, Carles. *Op. cit.*
 13. McLaren, Meter. *Op. cit.*
 14. Lukes, Steven. “Political ritual and social integration”, en *Sociology*, The Journal of the British Sociological Association, vol. 9, núm.2, 1975, pp. 289 – 308; Piven, Frances. “The social structuring of political prest”, en *Politics and society*, vol.6, núm.3, 1976, pp. 297 -326; Bennet, Laurence W. “Myth, ritual and political control”, en *Journal of Communication*, vol.30, núm. 4, 1980, pp. 166 – 179; Edelman, Murray. *The symbolic uses of politic*, Urbana University of Illinois Press, 1964, y Cox, Harvey. *The Fest. Of fools: a theological essay no festivity*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1969, y en Mc Laren, *op. cit.*, p.67.
 15. McLaren, *op. cit.*, p.56.
 16. Turner, Víctor. *La selva de los símbolos*, Siglo XXI, México, 1980.
 17. *Ibid.*
 18. McLaren, Peter. *Op. cit.*
 19. Grimes, Ronald. *Símbolo y conquista. Rituales y teatro en Santa Fe, Nuevo México*, FCE, México, 1981.
 20. *Ibid.*, pp. 125-126.
 21. *Ibid.*, p.35.
 22. *Ibid.*
- Otras referencias bibliográficas
- Anderson, Benedict. *Las comunidades imaginadas*, FCE, México, 1993.
- Gramsci, Antonio. *Las alternativa pedagógica*, Fontamara, Barcelona, 1981.
- *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.
- Melucci, Alberto. “Sobre la identidad”, en *Punto de Vista*, núm.25, México, 1985.
- Villa Lever, Lorenza. *Los libros de texto*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1988.